

Elena Fortún

Celia en el colegio

Dibujos de Molina Gallent



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Índice

- 11 Celia en el colegio
- 17 Soy sonámbula
- 23 La estrella en la torre
- 29 Los monaguillos
- 35 Mis nuevos amigos
- 41 El carro del huevero
- 46 El sapito de Celia
- 52 La madre Florinda
- 58 Los fantasmas
- 64 El cuarto de las ratas
- 70 El burro y el gitano
- 75 Castigada
- 81 Las burlonas
- 86 ¡Yo he sido!
- 92 Quiero ser santa
- 98 Don Restituto
- 104 ¡Al martirio!
- 110 Los gatitos
- 116 La princesa Leonor
- 123 Ayudar al prójimo
- 130 Fiesta grande
- 137 La cigüeña
- 144 Ensayando
- 151 La función

- 159 Los exámenes
- 166 Doña Merlucines
- 173 Doña Merlucines, rabiosa
- 179 ¡Vacaciones!
- 186 Sola en el colegio
- 194 El carro de los titiriteros
- 201 De vuelta de la novela
- 207 Doña Benita y la madre superiora
- 213 Arrepentida
- 219 El testamento
- 225 El rayo de sol
- 231 Celia y San Pedro
- 237 Sin pies ni cabeza
- 243 El santo de Celia
- 249 A casa de María Luisa
- 255 Me escapé por la ventana
- 262 Corriendo aventuras
- 268 El príncipe caracol
- 274 Me voy con tío Rodrigo



A Celia la han llevado a un colegio interna.

¡Celia era mala! Aquellas travesuras que tanto os han hecho reír, y que ella os ha contado en el libro Celia, lo que dice, eran maldades.

Ser mala es no adaptarse a las costumbres de los mayores.

Y, como habréis observado, nadie se lleva el gato de paseo, ni sube al borriquillo en el ascensor, ni suelta la ducha sobre el hermanito vestido, ni se pone a servir cuando tiene criados en su casa...

Por hacer todo esto, y otras muchas inconveniencias más, Celia ha entrado interna en un colegio de monjas que hay en un pueblo cerca de Madrid.

Nosotras, sus amigas, hemos prometido ir a verla todos los domingos, porque le hemos tomado cariño y no queremos dejarla sola con sus inquietudes.

¡Hoy es domingo! Vamos a verla en ese coche alegre que sale de la plaza Mayor y corre por la carretera amarilla entre sembrados.

¿Veis aquella casa grande con muchas ventanas? Pues esa casona triste es el colegio, y una de aquellas ventanitas estará sobre la cama de Celia...

«Tilín, tilín», hemos llamado. «Ave María Purísima», nos contesta desde dentro una voz gangosa, y nos pregunta a quién queremos ver...

«¡A Celia, a Celia! –gritamos todas sus amigas–. Queremos ver a Celia en el colegio.»

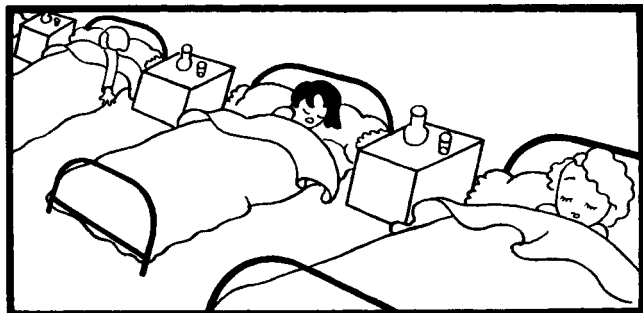
Abre la puerta la hermana portera y entramos en la sala de paredes encaladas, donde esperan las visitas, y todo el mundo habla en silencio... Un grito...

Es Celia que aparece por la puerta del rincón vestida de colegiala, y que grita al vernos:

–¡Cuánto me alegro de que hayáis venido!...



Celia en el colegio



A vosotras os lo contaré todo... A papá no me he atrevido... ¡Está tan triste el pobrecito!

No hace más que una semana que estoy en el colegio, y creo que ha venido a verme más de veinte veces. Yo sólo lo he visto dos días, porque no lo han dejado entrar. ¡Estoy furiosa!

Habéis de saber que no tengo dormitorio para mí sola. Mi cama está en una sala grande, donde duermen muchas niñas, todas en fila. Yo creí que esto sería muy divertido, porque podríamos charlar y tirarnos las almohadas; pero ¡quia!, ¡ni me hacen caso! La madre dice: «¡Chist! ¡A callar, niña! ¡Estamos en el silencio mayor!».

Por la mañana, casi de noche, mientras dormimos todas, entra la madre Loreto, da tres palmadas y dice: «El ángel del Señor anunció a María», y todas se sientan en la cama y contestan: «Dios te salve, María...».

Esto está muy bien, y es muy bonito, pero a otra hora, no tan temprano... Por eso me hago la dormida y no contesto.

La madre me riñe mucho.

—Esto no puede seguir así. Usted está obligada a decir el Avemaría a la voz del Ángel.

—Yo no he oído decir nada al ángel; en cuanto le oiga contestaré...

—¡A callar! ¡Estamos en el silencio mayor!

—Bueno, ¿y cuándo es el silencio pequeño?

Después me he enterado que hay que estar en silencio todo el día, menos las horas de recreo, y que desde que nos acostamos hasta por la mañana, cuando oímos misa, no se puede hablar nada, nada. ¡Es horrible!

¡Y qué manía de quererlo saber todo!

Cuando estamos comiendo me dice la madre:

—Beba usted agua, que no la ha probado en toda la comida.

—No tengo sed.

—Sí tiene usted sed.

¿Cómo va a saber ella lo que me pasa a mí?

También se empeña en que coma sesos, que no me han gustado nunca.

—¡Pero si no me gustan!

—Sí le gustan... Nuestro Señor bebió hiel y vinagre en la hora bendita de su muerte.

—¡Pues sí que es una razón! ¡Si llego yo a estar allí, menuda pedrada se ganan los que le dieron semejante porquería!

Además, aquí pasan unas cosas muy extrañas, que si papá las supiera se moría del susto. Tenemos un galline-

Soy sonámbula



Un día me quejé de que me dolía la cabeza, y me hicieron acostar.

¡Cómo me aburría! Oía a las niñas jugar en el jardín, y yo en el dormitorio, medio a oscuras...

Me entretuve viendo en el techo unas sombras chiquititas que corrían de un lado para otro... Después se me olvidó que tenía que estar muy triste, y me puse a cantar:

*Yo soy la viudita
del conde Laurel,
que traigo las flores
para San José.*

Porque aquí todas las canciones se cantan de otro modo de como son.

La estrella en la torre



Papá y mamá me han venido a ver, y me han traído bombones. También ha venido Baby con el ama, y doña Benita, moquiteando y llenándome la cara de lágrimas.

Les he contado muchas cosas y se han reído mucho. Ahora parece que se enfadan menos conmigo y que me quieren más. El domingo pasado se enfadó un poco mamá, y fue porque el papá de Pilarín me dijo:

–Te voy a regalar una muñeca. ¿Te gustaría que se llamara Pepín o Lolita?

–Ya le pondré yo nombre...

–No; quiero decir si prefieres muñeco o muñeca.

–Pueden ser gemelos, ¿sabes? Como los que le han traído a la mamá de María Rosa.

Cuando se fue el señor, mamá dijo que yo seguía tan insufrible como siempre, pero papá se reía:

–¡Mujer, te vas a enfadar con la niña para media hora que vamos a estar con ella!

Mis nuevos amigos



La madre Bibiana, que juega con nosotras en el recreo, se distrajo una tarde enseñando a saltar a María Luz, y yo me escurrí callandito por los pasillos.

Salí a la iglesia, y después a la plazoleta que hay delante. Lamparón y Pronobis me vieron en seguida.

—¡Es la Celia! —dijeron—. ¿Qué nos traes?

—Una caja de bombones... Pero es para todos, también para tu hermana...

—¡Ya se contentará con la caja vacía para meter sus trapos! —dijo Lamparón.

Se comieron los bombones en un momento, y les pareció que les había llevado pocos.

Vinieron las chicas, que estaban muy sucias y con los vestidos desgarrados, y todas querían la caja. Tanto tiraron de ella, que la rompieron en mil pedazos. Yo prometí traer otra para cada niña.

El cuarto de las ratas



¡Fue horrible!

Creí que a las madres se les habría olvidado todo, porque no me decían nada. Pero, sí, sí, cualquiera se fía...

El lunes, cuando estaba más tranquila y salía de la capilla para entrar en clase, la madre Bibiana me cogió de la mano y me llevó por unos pasillos largos hasta más allá de la cocina.

Después abrió con una llave un cuarto muy oscuro, me dejó dentro y volvió a cerrar.

¡Madre de Dios, qué miedo!

Lloré, grité, di patadas en la puerta y, al fin, me callé...

¡Nadie me hacía caso!

Entonces vi que el cuarto donde estaba no era tan oscuro como me había parecido al entrar.

Y pude ver un baúl grande, una cesta, un mueble que parecía un altar viejo y muchos trapos. Las ratas estaban escondidas detrás de estas cosas.